

10

Cuadernos  
de Postgrado

**LA MIRADA  
PENETRANTE:  
reflexiones y  
prácticas  
del discurso  
antropológico**

Rodrigo Navarrete Sánchez  
(Compilador)

Emanuele Amodio  
Rosario Massimo  
Yara Altez  
Teresa Ontiveros  
Rodrigo Navarrete Sánchez  
Verónica Rodríguez Blanco  
Rosa María Di Falco  
Michel Mujica

Fondo Editorial Tropykos / Comisión de Estudios de Postgrado  
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales  
Universidad Central de Venezuela

# Historia y Teoría Antropológica

---

Yara Altez

## Resumen

En el presente ensayo se plantea la posibilidad de investigar sobre la vinculación entre la historia como proceso de lo real y la antropología en tanto construcción teórica. Se destaca esta relación como importante pues se considera aquí que de la interpretación de los antropólogos sobre la historia depende la construcción de sus teorías. La consecuencia de ello es que dicha interpretación mantiene una influencia manifiesta a nivel epistemológico, siendo ese el planteamiento central del ensayo.

Hemos intentado fundamentar esta discusión en base a una particular forma de concebir la construcción teórica. En efecto, se trata de la concepción semántica de las teorías, que destaca cómo la construcción de los cuerpos teóricos se lleva a cabo sobre un cimiento ineludible de sentidos y significaciones. De esta manera ya no se considera que los términos y enunciados teóricos sean referentes de los hechos investigados pues se ha demostrado la presencia inagotable de una mediación de sentido en la construcción de toda teoría.

Pensamos que para el caso de la teoría antropológica, dicha mediación de sentido es la interpretación de los autores sobre la historia, aunque ésta no sea explícita, pues inevitablemente se recrea en la forma de elaborar los enunciados y términos teóricos.



Nuestro planteamiento representa así, un intento de evaluación de la teoría antropológica efectuando una revisión del tipo de enunciados y términos empleados por los antropólogos en su vinculación con la interpretación acerca de la historia.

Finalmente, debemos decir que ésta es la primera exposición formal de nuestros propios criterios sobre el desarrollo de la teoría antropológica y su forma de evaluación, por lo cual pedimos disculpas si la misma no pasa de ser más que un atrevimiento de iniciados.

### **De la tendencia empirista en antropología**

Atenerse a la etimología del término antropología, supone representarse una forma de conocimiento global y general acerca del hombre, asociada ciertamente a la idea de enunciados generales y leyes científicas. Sin embargo, la historia de la antropología da cuenta de teorías que en realidad no parecen concordar con el significado original del término.

En efecto, la producción teórica de la antropología pone en evidencia una marcada tendencia de los antropólogos por concentrarse sólo en fenómenos idiográficos, en aspectos no repetitivos y únicos de la vida de los hombres, lo cual ha impedido la consagración de la antropología como una disciplina nomotética (Harris, 1978).

Se ha observado así, desde principios de siglo, la consolidación de un patrón de investigación que algunos definen como Modelo Antropológico Clásico (Menéndez, 1967; Lischetti, 1993), mientras que otros prefieren señalar como "punto de vista tradicional en antropología" (Kaplan y Manners, 1975), caracterizado por cosas como el empirismo, la inducción y el relativismo, elementos éstos que se corresponden con algunos aspectos de lo que G. Martin (1993) acertadamente presenta como corazón de los equívocos epistemológicos de la antropología. Por ello, la teoría antropológica se ha visto dominada por un apego tan fuerte a los datos concretos y a los términos observacionales que el trabajo de campo domina toda la escena de la investigación:

"...la dedicación del antropólogo hacia el trabajo de campo forma



parte y es resultado de un dogma empirista. Si se quiere saber cómo es el mundo, el único modo de enterarse es ir y mirar (...) Debido a ello, los antropólogos todavía se encuentran completamente dominados por el método inductivo. (...) A través de la observación aguda de numerosos casos deberían surgir las generalizaciones teóricas libres de la asistencia de concepciones previas o de cualquier cosa más que de una suerte de apacible partería por parte del antropólogo. En parte, los antropólogos se han adherido a esta doctrina de los hechos locuaces porque creen que los fenómenos externos exhiben un orden natural, y este orden natural es descubrible si uno aplica técnicas objetivas". (S. Tyler, 1975: 321).

Esta tendencia de la investigación antropológica, convertida desde sus comienzos en un problema epistemológico grave, apareció por primera vez con el esfuerzo por superar las deficiencias de la primera gran teoría antropológica: el evolucionismo sociocultural. Hoy, ha llegado a sus últimas consecuencias en lo que se conoce como antropología posmoderna.

A principios del siglo XX, se cuestionó duramente la obra de los evolucionistas, endilgándole un alto contenido racista y etnocentrista así como fallas metodológicas que no permitían la comprobación y verificación empírica de sus enunciados teóricos. De allí en adelante se consideró urgente el estudio in situ de las llamadas sociedades primitivas del mundo, pues además de necesitarse evidencias se estaba corriendo el riesgo de perderlas definitivamente como consecuencia del contacto con los colonos occidentales.

Fueron los funcionalistas británicos y los culturalistas norteamericanos quienes lideraron la avanzada de los trabajos antropológicos de campo. Fundamentada en este explícito empirismo, la antropología norteamericana continuó desarrollándose hasta declararse posmoderna hacia finales de los años ochenta, convirtiéndose así en algo que no reparamos en calificar como vulgaridad empirista, pues deja mucho que desear incluso si la evaluamos siguiendo los cánones del empirismo como fundamento del conocimiento.

El caso es, que hoy la antropología norteamericana se caracteriza especialmente por un fuerte rechazo hacia la construcción teórica, cuestión que a todas luces representa algo más que la clásica asepsia buscada por Boas a principios de siglo. En efecto:



"La pretendida ausencia de preconociones teóricas que implican interpretación, la textualización o la deconstrucción, hace que supuestamente el trabajo de ellos no tenga que ser justificado ni teórica ni epistemológicamente". (Martin, 1993: 17).

Por otro lado, desde el punto de vista ético, es posible objetar al "posmo antropológico" por ser, como toda propuesta posmoderna, una invitación a la inmovilidad sociopolítica (Sánchez Vázquez, 1990), a pesar de que muchos de estos antropólogos se piensen a sí mismos como individuos políticamente radicales. Justamente, y como señala Carlos Reynoso (1991), a través de propuestas del tipo "todo vale", los antropólogos posmodernos se acoplan dócilmente, por ejemplo, al programa del neoliberalismo, pues si todo es válido todo queda igual, comenzando por la situación social, económica y política que les sirve de contexto. Se representa así, y a todas luces, una propuesta altamente conservadora.

G. Martin (1993) ha señalado un análisis crítico para desenmascarar este giro dado por nuestra disciplina en la posmodernidad, al cual, su juicio bien califica de verdadera trampa ideológica. Nosotros creemos, que dicha trampa se encuentra estrechamente vinculada a las condiciones históricas bajo las cuales ha aparecido, pues resultaría ingenuo considerar que alguna propuesta nacida a lo interno de cualquier ciencia pueda ser autónoma social y culturalmente.

Por consiguiente, pensamos que las teorías, además de representar fenómenos, representan también conjuntos de significación mucho más amplios, planteamiento que intentaremos argumentar seguidamente.

### **Importancia de la teoría**

Podríamos comenzar hablando de la importancia de la teoría destacando que tiene una presencia preeminente en la investigación por el hecho de abarcar mucho más que el nivel de las generalizaciones simbólicas, pues la teoría impregna hasta la forma de recopilar nuestros datos. Incluso, también la propia escritura en cuanto al sistema de signos, están imbuidas de teoría, pues todo lenguaje humano al establecer relaciones de designación de objetos, se encuentra mediatizado a su vez por otros sistemas de signos o lenguajes (Echeverría, 1987).



Comprender así la importancia de la teoría, permite echar por tierra definitivamente, todas las pretensiones de objetividad científica, incluyendo hasta la supuesta objetividad de los enunciados singulares, llamados también términos de los enunciados observacionales, empleados en todas las ciencias para describir bajo supuestos acuerdos imparciales intersubjetivos, los resultados de la observación o experimentación. Por cierto, esta es la clase de términos que suelen emplear los antropólogos para efectuar sus registros de campo, esforzándose por redactar notas estrictamente descriptivas y desprovistas de juicios y valoraciones.

Sin embargo, autores como Kuhn, Toulmin, Feyerabend, Hanson, Popper, han argumentado ampliamente que los términos observacionales nunca son neutrales, pues siempre están sobrecargados de presupuestos teóricos que dan cuenta de un tipo determinado de weltanschauungen (Suppe, 1979). Significa entonces, que toda forma de observación está imbuída de expectativas teóricas, siendo esta afirmación un precedente determinante para la discusión epistemológica contemporánea al constituirse en alternativa frente a la llamada Concepción Heredada del Positivismo Lógico.

Dicha alternativa, representada por los análisis weltanschauungísticos (Suppe, 1979), es resumida por Suppe en tres tesis fundamentales: 1) la observación posee una carga teórica; 2) el significado depende de la teoría; 3) los hechos poseen una carga teórica. Consiguientemente, hoy en día, el positivismo lógico ha sido superado abiertamente, pues incluso ya no sólo se reconoce la importancia de la teoría, sino que también hasta se acepta la presencia de la especulación metafísica en la construcción del llamado conocimiento científico (Conill, 1988), argumentándose seriamente lo imposible que resulta pretender eliminar la metafísica de la discusión epistemológica.

Con respecto a lo señalado por Suppe sobre la observación, quisiéramos complementar diciendo que, la misma, en tanto diseño experimental, supone, además de la carga teórica propia del acto de observar, un conjunto de procedimientos instrumentales que tampoco son asépticos ni neutrales teóricamente, pues también las técnicas de recopilación de datos se encuentran "cargadas de teoría". Veamos:

"...todos nuestros datos son obtenidos a través de teorías



observacionales (...) No existen, entonces, 'enunciados básicos' en el sentido empirista, sino sólo datos obtenidos a la luz de teorías de nivel menor (...) teorías que respaldan procedimientos técnicos respectivos..."(Gándara, 1987: 8).

Esta aclaratoria, resalta la terrible ingenuidad de muchos antropólogos obsesionados por recoger enormes cantidades de datos de campo, a través de técnicas como la famosa observación participante, la cual parece ser inmune a la discusión epistemológica.

Se comprende así, que si hasta el instrumental utilizado para la contrastación empírica está signado por teorías, toda salida de campo debería discutirse con antelación a nivel epistemológico, pues como bien lo señala Gándara, las teorías observacionales están expuestas a la misma discusión a la cual se somete hoy toda construcción teórica. Consiguientemente, el fundamento de nuestras observaciones no sólo depende de una weltanschauungen, sino también de teorías que soportan a la técnica misma de la observación. Nada es neutro.

Todo ésto parece dar cuenta de que nuestro empeño como científicos, se encuentra condicionado ya no por los hechos a investigar sino por un conjunto importante de representaciones. Por consiguiente, es necesario revisar la concepción acerca de la labor que nos compete, es decir acerca de la investigación propiamente dicha y sus resultados:

"El progreso científico se mide hoy por el progreso teórico mejor que por la acumulación de datos. La ciencia contemporánea no es experiencia sino teoría más experiencia planeada, conducida y entendida a la luz de teorías" (Bunge, 1985: 5).

Pero todavía cabe preguntarse: ¿si la teoría es tan importante, cuál es su naturaleza?. Según algunos autores es resultado del razonamiento del investigador, de su propio intelecto sin hechos mediando. Veamos cómo lo expresa Kuhn, hablando por él y por Popper:

"...ni sir Karl ni yo somos inductivistas. No creemos que haya reglas para inducir teorías correctas a partir de los hechos, y ni siquiera que las teorías, correctas o incorrectas, sean producto de la inducción. Más bien las vemos como afirmaciones imaginativas inventadas de una sola vez para ser aplicadas a la naturaleza" (Kuhn, 1982: 303).

Este planteamiento sobre la teoría como algo producido inge-



mosamente, es una forma de reconocer que el conocimiento puede fundamentarse en elementos de orden a priori. Siendo así, no quedan razones para defender la neutralidad de algún tipo de enunciado, y sí argumentos para confirmar que las teorías son construcciones de lo pensado antes que productos de la experimentación con la realidad. El trabajo teórico, es entonces, sin lugar a dudas, el epicentro de una investigación.

Pero debemos establecer aquí un punto de orden respecto a la idea misma de teoría que manejamos. En realidad, por teoría queremos referirnos a algo que no es precisamente un cuerpo estructurado de enunciados conceptuales, sino un conjunto particular de presupuestos que llegan a ser el soporte de un cuerpo conceptual propiamente dicho. Se trata del nivel de las representaciones más básicas de un individuo, aquello que Stegmüller llama precomprensión:

“...la misma se encuentra imbricada en la tradición, la cual supone cierta adhesión a un núcleo semántico mínimo definido intersubjetivamente, de forma tal que conforma o es parte constituyente de un determinado horizonte histórico, el cual seguramente está lleno de prejuicios y estereotipos. Pero, según Stegmüller, el hecho de que se trate de una precomprensión no implica necesariamente que la misma sea falsa, como tampoco es cierto que los conceptos o presuposiciones usados en la misma sean totalmente erróneos” (Martín, 1994: 428).

Desde nuestro punto de vista, las ideas y nociones propias de la llamada precomprensión son, tal vez, las más legítimas pues conforman un remanente semiótico que condiciona y le da forma a toda acción cognitiva. Por eso estamos de acuerdo con Stegmüller cuando considera que estos presupuestos no pueden ser evaluados como erróneos. Más bien pensamos que en esta suerte de remanente semiótico se encuentra el verdadero significado de una construcción teórica pues, además, todo esfuerzo intelectual parece tener raíces insospechadas y hasta ocultas:

“... la trama más profunda de la racionalidad no es lógica ni metodológica, sino la libre y enigmática experiencia abisal: impresiones, sentimientos, instintos, en suma, el poder noérgico, ya siempre presente, al hacernos cargo de la realidad” (Cunill, 1988: 14-15).



Pensamos también que la precomprensión, anclada en la profunda trama de la racionalidad, no supone un reservorio individual de significaciones sino un reservorio colectivo, compartido incluso con individuos que no forman parte de la comunidad científica. Hablamos así de la presencia inobjetable de una matriz de sentido dominante (Lanz, 1993), donde una sociedad toda encuentra origen para sus representaciones más básicas, las cuales, así como no puede calificarse de erróneas tampoco pueden suponerse neutrales:

"Todas las transacciones de significación se realizan al interior de matrices racionales que son ellas mismas el poder (...) Tanto las representaciones cognitivas como los enunciados sustantivos en cualquier campo, están constitutivamente determinados por la racionalidad instrumental que gobierna todas las lógicas civilizatorias de la Modernidad. No existe pues ninguna operación cognitiva (de la física a la poesía) que ostente el solemne status de 'universal' o 'axiológicamente neutra' " (Lanz, 1993: 17-18).

Según lo destacado por Lanz, puede decirse que la falta de neutralidad en los presupuestos así como en los enunciados cognitivos, se debe a que son producciones históricas propiamente dichas, por lo cual tenemos más elementos para sostener que la objetividad científica es algo completamente inexistente. No obstante, hasta la misma discusión epistemológica se asienta sobre la base de sentido que provee la historia.

### **La Historia en la teoría**

Estamos tratando de argumentar el planteamiento sobre la construcción del conocimiento antropológico como una labor siempre mediatizada por prenociones, las cuales a su vez, se asientan sobre una base de sentido que es completamente histórica. Dicha base de sentido queda al descubierto en la interpretación de los autores sobre la historia misma, y así se haga explícita o no, esa interpretación impregna todos los enunciados y términos teóricos a través de los cuales pretendemos representar a los hechos, pues los hechos que intentamos conocer son históricos a la vez. Recordemos que la naturaleza histórica de todo hecho sociocultural ha sido demostrada ampliamente por la filosofía materialista de la ciencia (Goldman, 1981).



Así "funciona" el remanente semiótico fundamental al cual nos hemos estado refiriendo: re-presentando a la historia desde las nociones precomprensivas hasta la construcción de teorías. En consecuencia, la pretendida objetividad del ya viejo positivismo, no sólo resulta completamente inaceptable si comprendemos cómo toda teoría encuentra fundamento en otras teorías y representaciones, sino que además resulta inaceptable al demostrarse que todas las representaciones de los investigadores de la sociedad y la cultura, no se producen por generación espontánea: son construcciones históricamente determinadas.

Siendo así, de la propia interpretación de los autores acerca de esta suerte de "condicionamiento histórico", depende la estructura misma de sus teorías, es decir la construcción de los términos y enunciados bien sea con pretensiones de objetividad y neutralidad, o bien sea aceptando la carga de significación extracognitiva. En conclusión, la significación que tiene la historia para los autores, define sus teorías tanto semiótica como epistemológicamente.

### **La Historia en la teoría antropológica**

De la crítica situación a la cual ha llegado la antropología con la llamada postmodernidad, nos parece que el problema más grave es la suposición de que ya no es necesaria la teoría.

Gracias al diagnóstico realizado por G. Martin (1993), se observa que el rechazo por la teoría aparece junto a otras problemáticas epistemológicas, como las limitaciones propias de la inducción y el relativismo, ambos estrechamente vinculados al etnocentrismo y al exotismo. Precisamente porque la antropología como ciencia se desarrolló apoyándose en esta clase de pilares, hoy reclama la muerte definitiva de las teorías.

Pero no es casual que este reclamo se haga desde la actual antropología norteamericana, pues surgió a principios de siglo tras las banderas de una inducción típicamente baconiana, y asentada sobre el desprestigio de Lewis Henry Morgan y su método analógico deductivo. Recordemos que Morgan cayó en desgracia entre los antropólogos norteamericanos a raíz de que sus propuestas fueron empleadas por Marx y Engels para completar su periodización de la prehistoria:



"Incorporado el esquema de Morgan en la doctrina comunista, la ciencia de la antropología cruzó el umbral del siglo XX convencida de que para sobrevivir y progresar necesitaba rechazar el esquema de Morgan y destruir el modelo sobre el que se basaba" (Harris, 1978: 217).

El caso de la antropología norteamericana, ilustra nuestra discusión, pues para su consolidación la interpretación acerca de la historia fue fundamental. En efecto, la variable historia se trató con un escepticismo tan arraigado que se consagró el análisis sincrónico como método de la antropología. Claro está, no sólo fue la escuela boasiana la responsable de este importante viraje dado en contraposición al evolucionismo sociocultural en los albores del siglo XX, pues en la misma tónica de discusión y en el mismo momento encontramos también las posiciones de Malinowski y Radcliffe-Brown.

Por consiguiente, la antropología apareció consagrada en el escenario científico basada en un proyecto epistemológico inductivista y relativista, sincrónico por excelencia, que definió académicamente a la disciplina a la vez que desplazó consecuentemente a la historia de la discusión antropológica.

Comprendemos así que el desarrollo de la antropología ha estado estrechamente vinculado a la interpretación sobre la historia, pero que también ha estado vinculado a la historia en tanto proceso de lo real, pues esa ha sido siempre la fuente de casos para la antropología, es decir, la fuente de los tradicionalmente llamados "objetos de estudio". Así se observa, por ejemplo, que el pensamiento antropológico con síntomas de sistematización surge precisamente motivado por el impacto que produjo el "descubrimiento" de América:

"En efecto, es verdaderamente en suelo americano donde el hombre empieza a plantearse, de forma concreta, el problema de sí mismo y de alguna manera experimentarlo en su propia carne (...), América ha ocupado durante tanto tiempo un lugar privilegiado en los estudios antropológicos por haber colocado a la humanidad ante su primer gran caso de conciencia" (Lévi-Strauss, 1975: 18).

Sin embargo, desde el punto de vista epistemológico, este impacto surgido del contacto con los "otros", no ha sido tan esclarecedor para la



antropología, pues produjo la formulación de un concepto de historia atenido sólo a niveles fenoménicos. Por esa razón, la discusión sobre historia y antropología tiende a no promover, en nuestra disciplina, una reflexión cónsona con la profundidad alcanzada por la primera.

Así, escasa de trascendencia teórica, la historia ha representado para el pensamiento antropológico desde el siglo XVIII, sólo una fuente de evidencias concretas para estudiar al hombre. Precisamente, durante el Iluminismo, la historia comenzó a ofrecer un panorama en retrospectiva completamente empírico y humano, pues ya dejaba ver cuán innecesaria se estaba tornando la explicación divina de los hechos. Gracias a esta interpretación de la historia, los llamados "antropólogos de las luces" formularon sus conjeturas acerca del desarrollo sociocultural de la humanidad. Veamos el siguiente ejemplo:

"La historia universal abarca la consideración de los progresos sucesivos de la humanidad y del detalle de las causas que han contribuido a ellos: los primeros principios del hombre, la formación y la mezcla de las naciones, los orígenes y las revoluciones de los gobiernos, el desarrollo del lenguaje, de la moralidad, de las costumbres, las artes y las ciencias, las revoluciones que han producido la sucesión de los imperios, las naciones y las religiones" (Turgot, 1844: 627; original 1750. Citado en Harris, 1978: 12).

Siguiendo esta misma tónica, los antropólogos han tratado de consolidar una base empírica para sus teorías haciendo recolección de hechos históricos, los cuales no acostumbran a analizar sino a expresar por medio de enunciados eminentemente observacionales. En efecto, ésto comenzó a sistematizarse durante el período iluminista, cuando la gran preocupación era la reconstrucción de la historia universal. Hoy, se ha perdido el interés por la diacronía, y la historia es interpretada por los antropólogos, básicamente, como un proceso perturbador de la vida tradicional e indígena, gracias al cual obtienen los datos y las evidencias suficientes (base empírica) como para solventar sus investigaciones.

Así, se ha mantenido vigente una concepción fenoménica de la historia que ha contribuido significativamente para que la antropología arribe al ocaso del siglo XX, todavía sujeta a los benéficos del empirismo como fundamento del conocimiento.



*La* colección Cuadernos de Postgrado ha sido concebida para dar a conocer resultados de investigaciones de alto nivel realizadas por calificados profesores y cursantes de Postgrado.

El Cuaderno N° 10 de la serie *Cuadernos de Postgrado* de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales presenta al lector una serie de reflexiones sobre las actuales tendencias y líneas de investigación teórica y práctica en la antropología venezolana como expresión de las vertiginosas transformaciones que el discurso antropológico ha venido sufriendo en las últimas décadas. Este volumen representa un aporte del pensamiento joven de los centros académicos de la Universidad Central de Venezuela, como una contribución a la crítica y al desarrollo de las ciencias sociales desde una perspectiva antropológica.